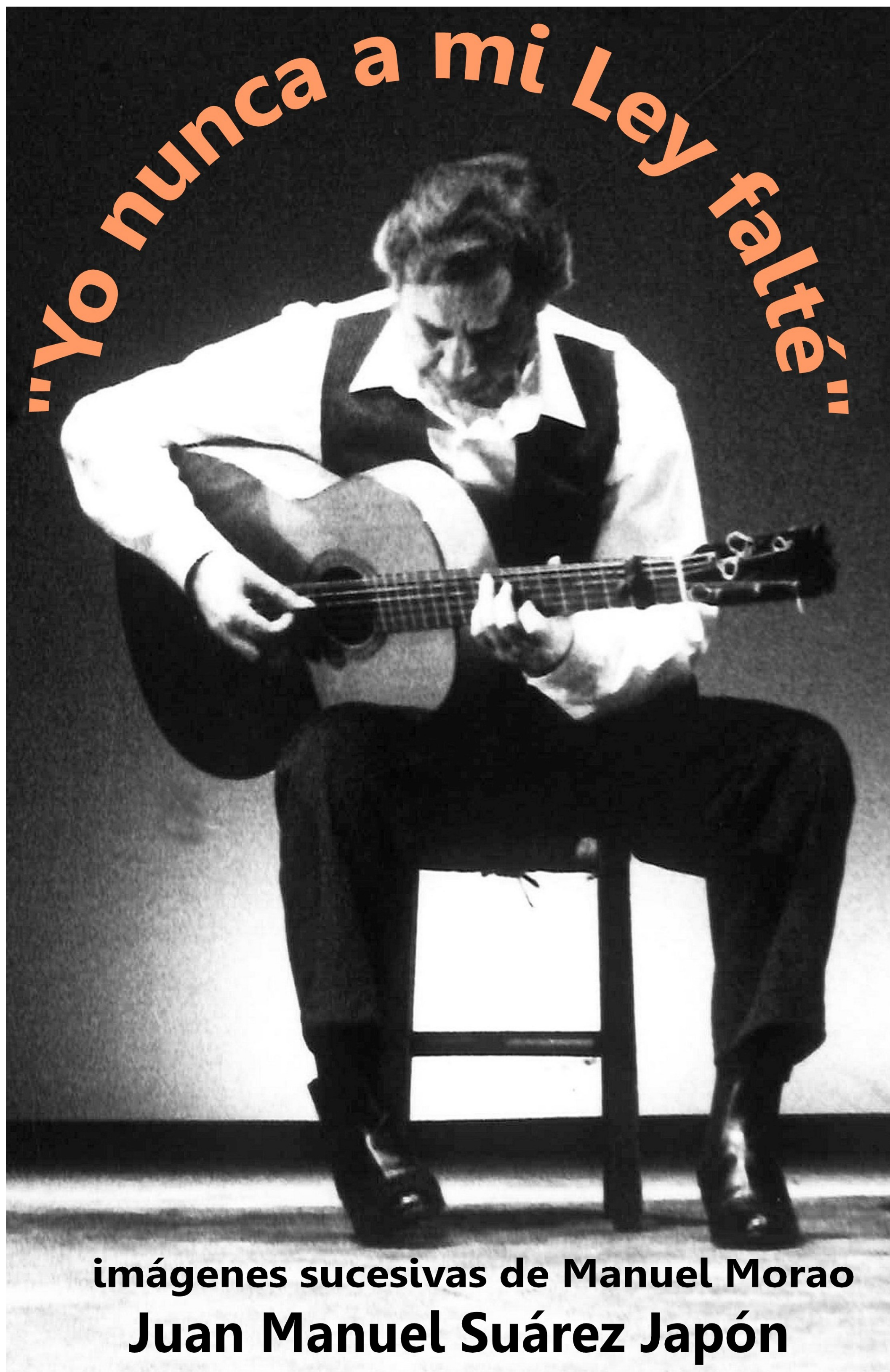

"Yo nunca a mi Ley falté"
imágenes sucesivas de Manuel Morao
Juan Manuel Suárez Japón



un momento de la conferencia

**“YO NUNCA A MI LEY FALTÉ;
IMÁGENES SUCESIVAS DE MANUEL MORAO”**

Conferencia en el Seminario "Aproximación a la obra del patriarca Manuel Morao".

Claustros de Santo Domingo, Jerez de la Frontera,
23 junio 2016

Juan Manuel Suárez Japón

Vivo como un privilegio poder participar en estas Jornadas de Homenaje a Manuel Morao, organizadas con ocasión de haber sido proclamado HIJO PREDILECTO de su ciudad, de esta Jerez de la Frontera que hoy nos acoge. Desde luego, no es ésta la primera vez que Manuel Morao es objeto de jornadas de homenaje y de reconocimiento a su obra y a su trayectoria profesional y… seguramente tampoco serán las últimas. Pero hemos de reconocer que el motivo que ahora las promueven: ser designado Hijo Predilecto de su pueblo, le otorgan un

caudal de significados y de valores completamente nuevos.

Por ello, quiero comenzar expresando a las personas e instituciones que lo promovieron y al Ayuntamiento de Jerez, a los miembros de su Corporación Municipal que lo aprobaron por unanimidad en la sesión solemne del pasado día 18, mi profunda gratitud por esa decisión: la de reconocer a su vecino Manuel Moreno Jiménez, -para la historia flamenca, “Manuel Morao”-, con la alta distinción que supone el título que se le ha otorgado.

Lo hago no sólo como amigo y admirador de Manuel; no sólo como viejo aficionado al flamenco seducido por ese modo especial en que el flamenco nace, se expresa y se expande desde esta tierra y a través de su infinita floración de artistas. Naturalmente, que esos son motivos que están presentes en la gratitud que ahora expreso a la Corporación jerezana. Pero además quiero añadir otro: mi gratitud es también la de un ciudadano que se siente reconfortado cada vez que se sitúa ante gestos promovidos por las administraciones públicas que, como en este caso sucede, responden a tributos de estricta justicia y merecimiento.

Muchas gracias a todos
Y felicidades a Manuel Moreno Jiménez, Manuel Morao, -o como él me permite llamarle, a mi tío Manuel-, por este importante reconocimiento. Y muchas gracias también a quienes habéis permitido que yo esté hoy aquí, tomando la palabra en tan señalada ocasión.

-oOo-

Señoras y señores/
Queridos amigos y amigas;

Quienes conocéis a Manuel, -y aquí sois muchísimos-, sabéis que él es una persona poco proclive a esto de los premios. Más aún, se ha manifestado muchas veces, -de un modo palpable en las páginas del libro que ambos compusimos-, acerca de ellos afirmado que le producen una indisimulable desconfianza. Toda su vida se ha situado ante los premios con una distancia profiláctica, preventiva, por supuesto que también en los casos en que él fuera el premiado. Lo que, como sabemos, ha ocurrido muchas veces a lo largo de su carrera (Premio Patiño (Córdoba 1965), Premio Nacional de la Cátedra de Flamencología de Jerez (1969), Zapato de Oro en Elche (1970) y Cata Flamenca de Montilla (1974), además de otros muchos hasta el prestigioso Compás del Cante (Fundación Cruz Campo

2001)).

Quizás por ello a Manuel nunca le hemos visto presumir de premios, porque nadie mejor que él sabía que los verdaderos soportes de su curriculum profesional eran otros y también por su propia experiencia, ya que a veces había sido testigo de esas corrientes subterráneas, claramente tramposas, que subyacen en muchas de esas decisiones de premiar a unos o a otros. Pero esto que hoy estamos celebrando no es un Premio, es otro tipo de reconocimiento de naturaleza bien distinta. Lo que el pasado día 18 el Ayuntamiento de Jerez le concedió a Manuel no era más una de esas distinciones que alguien con su trayectoria y con su importancia ha ido recibiendo a lo largo de su vida. Por el contrario, ser designado HIJO PREDILECTO de tu ciudad, de tu pueblo, es un "*señalamiento*" que debe ser recibido con el orgullo y con la emoción que estoy seguro que ha sentido y sigue sintiendo Manuel en estos momentos.

Suele decirse que lo difícil en eso de los premios y distinciones es encontrar el equilibrio. Que unas veces es el premio el que engrandece al que lo recibe y otras, por el contrario, es el que lo recibe quien hace más grande al premio al trasladarle todo el caudal de su prestigio. Pero en esta ocasión, la designación de Manuel Morao como HIJO PREDILECTO, creo que puede decirse que ese equilibro se ha conseguido, porque ambas partes dan y ambas partes reciben en proporciones muy semejantes.

Nadie que conozca a Manuel Morao, a la inmensa magnitud de su obra, a la plenitud de una vida profesional como la suya, ignora el modo en que Morao, desde siempre y allí donde estuviese, en cualquier circunstancia, desde el principio hasta el final de su trayectoria artística, hizo gala de su condición de jerezano. Como se sabe, incluso en una parte de su vida artística integrando el nombre de su ciudad en el suyo propio "*Moraito de Jerez*", o cómo cercano al final de actividad, designó el instrumento de gestión que creó en sus etapas de promotor como: "*Gitanos de Jerez*".

Por eso me atrevo a decir que su pueblo tenía contraída con él una cierta deuda de reconocimiento. Y sostengo la convicción de que con esta designación se le satisface en los términos justos y conforme a los muchos méritos de Manuel. Porque la distinción como HIJO PREDILECTO contiene valores capaces de llenar de satisfacción a aquel a quien se le otorga.

Basta para ello recordar lo que esa palabra, PREDILECTO, significa: Os pido licencia para dejar que me aflore mi condición de profesor y os deje un breve

paréntesis erudito. Es una vieja querencia mía el deseo de desentrañar el origen de las palabras, el cómo se han formado, de dónde venían, en suma, saber su ETIMOLOGÍA. Y comparto con vosotros que PREDILECTO, es un término que viene de la unión de dos palabras latinas: PRAE = antes de, lo que está por delante de, y DILECTUS = participio de "*diligere*" que significa tanto *amar* como *elegir,* es decir "*lo que se elige porque se ama". Por tanto PRAE-DILECTUS es lo que se dice de "*aquel o aquello que es en primero entre los más amados, el que es amado antes que otros", "el más amado entre los elegidos*".

Pues bien, eso es lo que ahora se le reconoce a Manuel Morao. Eso es lo que eres para tu pueblo, Manuel, porque así lo ha reconocido la instancia que posee la legítima representación de su ciudadanía: "*el más amado entre los elegidos*" .

-oOo-

Y dicho todo lo anterior, -queridos amigos y amigas-, quisiera, referirme a algunos elementos destacables del perfil humano y profesional de Manuel Morao.

No es fácil hacerlo y menos en la brevedad del espacio, -lógico por otra parte-, de que estas palabras disponen. Ahí es nada: ¡¡*resumir la vida y la obra de este hombre, de este artista*¡¡, de este gran guitarrista flamenco, una vida que se iniciaba la noche aquella en que, con apenas doce años, se subió por primera vez a un escenario, -en la Alameda Vieja jerezana-, hasta este gozoso tiempo presente en que, aunque apartado de la actividad profesional, sigue siendo un referente de nuestra cultura nuestra, y su voz, -perseverante y firme en la defensa de sus ideas-, sigue siendo escuchada y respetada en todo el orbe flamenco.

¡¡Cómo va a ser fácil resumirla si a los dos nos costó muchos meses de conversaciones y un libro de más de cuatrocientas páginas¡¡.

Aun así, quiero intentarlo. Y lo haré centrándome en señalar algunos valores que se personalizan en Morao, porque Manuel es hoy una persona y un artista que en cierto modo puede decirse que han trascendido su condición de tal, para convertirse en símbolo de muchas cosas.

En primer lugar resaltaré de Manuel el ser una fuente de inexcusable manejo para conocer la historia del flamenco del último siglo.

E incluso más, porque en su memoria se albergaban datos, vivencias, noticias, con las que se puede construir la historia del flamenco desde finales del

siglo XIX hasta nuestros días. Y Manuel las retiene con una frescura admirable y es capaz de contarlas de modo que parecen haber sucedido anteayer. Morao posee una importantísima información que va desde aquellas historias añejas, escuchadas contar a sus mayores, y de algunas experiencias de su primera infancia, que quedaron en él como inolvidables y que nos llevan a nombres de artistas, de cantaores que vivieron y actuaron en los años finales del referido siglo XIX, -tío Juaniquí, tío José de Paula, y otros muchos-, hasta otras noticias y opiniones que le ligan a flamencos y flamencas del tiempo presente, a alguno de los cuales el propio Morao ayudó a alumbrar como artista.

Manuel Morao es memoria viva del flamenco, testimonio y fuente de una historia en la que él mismo se integra como un destacado protagonista.

Como podréis suponer, esta no es una situación frecuente y por ello posee un valor incalculable. Un viejo profesor de Historia, a cuyas última clases asistí, solía decir que ninguna fuente histórica tenía tanto valor como aquellas crónicas de hechos notables en las que el autor, cuando nos la cuenta, las firma diciendo: "*yo estuve allí, yo lo ví*". Y tal es lo que sucede con el caudal ingente de informaciones que Manuel conserva, que aluden a experiencias vividas, a situaciones y protagonistas, a veces excepcionales, presenciadas.

De ahí su importancia. Y de ahí su diferencia. Porque cuando Manuel nos habla de esas historias, -que son la historia de más de un siglo de flamenco-, lo está haciendo de algo que es, en gran parte, su propia historia.

Los japoneses, -ya comprenderéis que por obvias razones de mi apellido la cultura de este pueblo sea desde hace años objeto de mi interés-, han incluido en sus esquemas de gestión de la cultura la figura de lo que llaman "tesoros vivos", es decir, reputados profesionales en diversas artes o artesanías, intrínsecamente asociadas a su tradición, y sobre las cuales la modernidad había proyectado tales sombras que obligaron a extremar su cuidado. En esos casos, la administración japonesa selecciona y protege a esos viejos artistas o artesanos y crean alrededor de ellos procesos de aprendizajes para jóvenes que se forman con ellos, de modo que se consiga que esos conocimientos y esas destrezas, en suma, esas parcelas de su memoria colectiva, no desaparezcan con el fin de la vida de esos maestros.

Me pregunto y os pregunto: ¿Qué habría ocurrido en nuestra cultura flamenca si algo así hubiera existido?.

¿No era algo parecido lo que Manuel Morao, sin ayudas, con sus propios medios, pero intentando lograr los mismos objetivos, promovió en sus "JUEVES

FLAMENCOS”.

¿Cuánto mejor le habría ido al flamenco, a su transmisión y en general a nuestra cultura tradicional de Andalucía, si en lugar de dejar consumirse a los viejos maestros, -a veces entre el olvido y la miseria-, hubiésemos tenido una práctica similar?.

Pues bien, insisto en ello, porque este es uno de los perfiles sobre Manuel que deseo destacar. Ese es uno de los valores de su figura: Manuel Morao es justamente eso: “*un tesoro vivo”* de nuestra cultura, del flamenco en general y del cante y el toque gitano-andaluz en particular. De ahí la justeza y la justicia del reconocimiento que ahora se le ha otorgado.

-oOo-

Me gustaría añadir a éste otro de esos signos identitarios que sobresalen en Manuel, y que llevarán mi reflexión por encima de la cita de la legión de datos, de los mil y un detalles que en su vida se contienen y que podrían ser contados. Intento elevar mi reflexión sobre ese poderoso caudal de experiencias, recuerdos, actuaciones, discografía, de artistas cuyas vidas están indisolublemente unidas a las de Morao, etc. etc. (seguro, además, de que en estos días se hablará de ello y en todo caso remito a nuestro libro para su conocimiento).

Queridos amigos y amigas
Señoras y señores

Cuando se tiene la fortuna de haber vivido lo que ha vivido Manuel Morao y de haberlo hecho como él lo ha hecho, cuando se han caminado tantos años, -ya fueran por caminos llanos o por espinosas veredas-, y se ha podido llegar a esta altura de sus años en el modo en que, -por suerte para todos-, él lo ha hecho, es inevitable no aparecer como se describe en aquel verso del bello poema de Miguel Hernández:

“Llegó con tres heridas/ la del amor, la de la muerte y la de la vida”

...porque a Manuel, en efecto, la vida le ha dado tiempo y ocasiones para sentir en carne propia las cambiantes suertes, los contrapuestos momentos de gozos y de penas, de ilusión y de desesperanza, con los que vamos construyendo nuestras vidas.

Naturalmente, estas tres heridas, -por seguir con las palabras del poeta-, están íntimamente relacionadas y todas dependen de una de ellas: de la de la vida. Es esta dimensión, la del ejercicio de vivir, la que sitúa a las otras dos. Es la vida la que nos enfrenta y da sentido al drama de perderla. Y es la vida el fermento que permite que aflore en nosotros esa *maravillosa perturbación de los sentimientos* que es el amor. El AMOR entendido no sólo en el concreto ámbito de la pareja, sino entendido de un modo más amplio, proyectado hacia un universo más plural en el que pueden hallarse nuestros entornos familiares, nuestra tierra y nuestra cultura.

De esta última manera habrá de entenderse uno de los rasgos esenciales de la vida de Manuel, el AMOR por sus entornos geográficos, sentimentales y culturales. Me atrevo a decir que quizás es el que mejor permite reseñar el modo en que Manuel Morao se ha relacionado y se relaciona con su tierra y con su cultura: un intenso y continuado ejercicio de amor que ha trascendiendo al tiempo y a las cambiantes circunstancias de la vida. Recuerden el conocido concepto de Ortega: "*el hombre y sus circunstancias*", pero nosotros podemos hoy afirmar que ninguna de ellas ha hecho mella en Manuel, ni ha mermado ni puesto en duda la sinceridad de ese compromiso. Por eso hay una letra flamenca que resume muy bien esa actitud de Morao de la que os estoy hablando: "*¡YO NUNCA A MI LEY FALTÉ¡*".

Así ha sido. Manuel Morao puede decirlo con la consistencia que da decir la verdad: "*nunca faltó a esa ley*", ni con Jerez, ni con los jerezanos, no con la cultura jerezana, en general, y en concreto con su flamenco.

Como antes hemos referido, toda la vida de Manuel manifiesta una constante presencia de Jerez y de lo jerezano. Diría más: hay en ella una necesidad de esa presencia, especialmente cuando su amor por Jerez se sentía acrecentado por la ausencia. Él mismo lo ha expresado en cualquiera de sus muchas intervenciones públicas o en sus entrevistas, -y por supuesto en nuestro libro-: así, cuando sus viajes y sus trabajos le obligaban a permanecer muchos meses alejado de su tierra y de sus gentes él comenzaba a "sentirse mal" y necesitaba, -como el enfermo que necesita una medicina-, regresar a Jerez, volver a sus calles, a su barrio, a los lugares de encuentro con su gente; en definitiva, cuanto más ancho y grande era el mundo por el que Manuel Morao transitaba, llevado por su propio éxito profesional, más necesario se le hacía "regresar a su PATRIA".

Sí, amigos, digo PATRIA, porque aplico aquí esta palabra, -este concepto por desgracia tan maltratado y tan manipulado-, en el mismo sentido que hiciera el poeta alemán Rainer María RILKE, cuando afirmaba que "*la patria de los hombres es su infancia*" .

Y del mismo modo que Antonio Machado escribió aquel inolvidable poema que comenzaba recordando "*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla…"*, Morao ha repetido cientos de veces, en todas las ocasiones en que pudo hacerlo, que "*su patria es un barrio de Jerez*", cuya geografía se deslinda en el que fuera territorio extramuros de la ciudad, en un espacio entre el Arco y la Mercé, entre la Enramá y el fastuoso Templo de Santiago, por las calles Cantarería y Nueva, -en la que Manuel nació-, por la calle de la Sangre y el colegio de Carmen Benítez, por aquellos recintos de paredes blancas y suelos empedrados, por sus muchos tabancos y corrales de vecindad que fueron la cuna, a la vez humilde y hermosa, del maravilloso milagro del cante y cuyo progresivo abandono, por cierto, bien merecería que alguien le escribiera una elegía parecida a la que Rodrigo Caro dedicó a las ruinas de Itálica.

-oOo-

Y en esa conexión, que sigo llamando amorosa, de Manuel Morao con Jerez, están, naturalmente, sus lazos familiares. Con el círculo más estrecho e inmediato: esposa y compañera (por siempre inolvidable), hijos, nietos, hermanos, sobrinos… y también con ese otro círculo más amplio y extenso al que llega el concepto de familia entre la buena gitanería de Andalucía la baja. Una realidad que posee indudables componentes étnicos y culturales: la idea del tronco familiar, del clan, de la poderosa ligazón de la sangre.

Y en el caso de Manuel Morao, se añadía un dato más para vertebrar a ese extenso conjunto familiar: una notable predisposición artística, una singular destreza para el cante, el baile y el toque.

Fue para mí un privilegio escuchar a Manuel hablar de ellos, referirse a gentes dotadas con ese don, a las que el niño Morao veía y escuchaba en las reiteradas ocasiones en que, por cualquier motivo, saltaba en la casa de cualquiera de esos vecinos-familiares de Santiago el tumultuoso milagro de la fiesta. Todo lo que describía era tan seductor que finalmente rotulé uno de los capítulos de nuestro libro con sus palabras: "*Yo tuve la suerte de nacer en una familia de artistas"*, e inmediatamente Manuel aclaraba que "ser artista" no es lo mismo que ser un profesional del arte. Más aún, que, -según sus palabras-, hubo y hay profesionales que no son artistas. Y que en aquellos años de su infancia y primera juventud en los que Manuel interiorizó todas esas influencias de su entorno familiar, la mayoría de los que eran artistas por el modo en que cantaban o bailaban, no se decidían a dar el paso al profesionalismo (especialmente si eran

mujeres).

Por todo ello, Jerez de la Frontera y el barrio de Santiago y lo que éste representa, no son para Manuel lugares con los que sostenga relaciones accidentales, donde el azar quiso que se naciera o se viviera un tiempo, sino que constituyen una realidad más trascendente, en la que se acuna su carácter, en la que se hunden sus raíces culturales flamencas, en la que se nutren sus más profundas querencias, esas que le han acompañado toda su vida: "YO NUNCA A MI LEY FALTÉ".

Y todo lo que vino luego ya es bien sabido: el artista que fue y que sigue siendo Manuel Morao, como entonces hicieron otros artistas de esta tierra, *"saltó desde los entornos jerezanos al mundo"*, desde sus actuaciones en tabancos o ventas, o en las modestas ferias de los pueblos, a los tablaos de Sevilla y Madrid, primero, y más tarde a los grandes teatros. Su vida artística se adhirió a los nombres más señeros de su época: Caracol y Mairena entre ellos, hasta el definitivo encuentro con Antonio Ruiz Soler y sus años en la Compañía de la gran estrella del baile y de la danza. Durante varias décadas fue Manuel figura principal en la naciente discografía flamenca y en la eclosión de los festivales, etc, etc, etc

Todo eso es sabido. Ya se recordó en el acto de concesión del título de HIJO PREDILECTO y no quiero reiterarme en ello, porque además muchas de esas facetas de Manuel serán expuestas aquí en estas jornadas y por personas con mayor conocimiento.

Sí quisiera señalar, para ir dando fin a mis palabras, una idea más que recalca el carácter jerezano de todo lo que con Manuel Morao se relacionaba. Mi idea es que, pese a sus innegables éxitos y al indudable valor de su carrera de guitarrista, pese al número y calidad de los cantaores a los que acompañó, -una lista que sería interminable-, quizás sus más trascedentes aportaciones para el flamenco en general y para el flamenco jerezano en concreto, fueran las que logró en sus alianzas con dos artistas de esta tierra, con dos jerezanos: La Paquera y Fernando Terremoto.

Manuel fue el guía y el apoyo fundamental para que ambos alcanzaran el lugar que tan merecidamente tuvieron, pero además, juntos supieron crear un modo particular de hacer los cantes, especialmente la *bulería*, ese cante que es santo y seña de Jerez. Fue una sintonía especial, -sobre todo en el caso de su conexión con Terremoto-, que produjo una música que tenía escrita su partitura ahí donde es imposible escribir porque ya está todo escrito: en su alma de jerezanos

unidos por sus orígenes, por sus herencias, por su memoria y su cultura.

Desde entonces y para siempre hay un toque y un cante por bulerías, -el que ellos hicieron-, que está codificado, que es el canon. A mí me gusta llamarlo "SONIDO JEREZ". Es decir, que del mismo modo que en la música universal hay sonidos, -es decir estilos-, que identifican a unas tierras y a unas culturas, -como el sonido Nueva Orleans, o el sonido Chicago, etc.-, así también hay un "*Sonido Jerez*", que alcanza su más alta expresión en esas iniciales alianzas creativas y en los muchos aportes que luego, siguiendo su estela, lo engrandecieron.

Sería otra de las lecturas posibles que admite esta relación amorosa de Morao con Jerez a la que nos hemos venido refiriendo. Como lo es también el hecho de que Manuel se decidiera a grabar el llamado "*Concierto de Jerez*", fruto de sus colaboraciones con el músico Benito Laurent. Como lo es el que, una vez cerrada su gran carrera profesional por el mundo, abandonara Madrid y todavía decidiera poner al servicio de Jerez y del cante y el baile gitano andaluz su enorme bagaje de conocimientos y de experiencias. A ello respondieron, -recordémoslo-, iniciativas como la de los "JUEVES FLAMENCOS", venero del que surgieron nuevos valores para seguir sosteniendo la incuestionable hegemonía flamenca de Jerez. Alguno de ellos acabó formando parte de los diversos espectáculos promovidos por Manuel, entre los cuales aquel "GITANOS, ESA FORMA DE VIVIR" quedará para siempre en la historia del flamenco reciente y en la memoria de quienes tuvimos al goce de verlo.

-oOo-

Queridos amigos y amigas:

Termino estas palabras y lo hago regresando al principio.
Con esta designación de Manuel Morao como HIJO PREDILECTO de Jerez de la Frontera no sólo se ha formalizado un acto político-administrativo, sino más aún, se ha cumplido con un deber de estricta justicia.

Mi admiración y mi amistad con Manuel no me llevan a pensar que no haya otros jerezanos y jerezanas que también lo merezcan. Pero lo que sí afirmo es que Manuel lo merecía tanto como el que más.

La vida de Manuel, la artística y la personal, -porque en él no es posible separar la una de la otra-, no se entiende sin su "*jerezanía*", sin esa recurrencia a destacar siempre su origen, sus raíces y sus querencias por esta tierra. En Manuel

Morao, en el análisis de su vida, de su obra y de su pensamiento, bien puede decirse que "*todos los caminos conducían a Jerez*".

Y por eso es justo que ahora Jerez se lo haya reconocido.

Enhorabuena, admirado Manuel Morao,
querido tío Manuel

Y gracias a todos por vuestra atención.



Manuel Morao y Juan Manuel Suárez Japón, abrazados, tras la conferencia.

Audio de la conferencia disponible en:

https://soundcloud.com/user-653057049-615121786/yo-nunca-a-mi-ley-falte-imagenes-sucesivas-de-manuel-morao

Fotografía de portada: Gutiérrez y Tamayo